

ARTES PLÁSTICAS

Fernando García Ponce en la Casa del Lago

Por Jomi GARCÍA ASCOT

Una de las cosas más difíciles de encontrar entre los pintores jóvenes es una obra *consecuente*. Atraídos por búsquedas que las más de las veces son indecisiones, faltas de definición —o, lo que es peor, reverencias a la moda— oscilan entre la imitación y la originalidad a toda costa. Unos siguen formas recién consagradas, otros buscan afanosamente una “escuela” o teoría nueva que anteponen a su obra y en la cual intentan encajarla. Entre ser semejantes o ser diferentes se pierde casi siempre el ser sí mismos; y en la línea de su creación hallamos tantos cambios, saltos y bifurcaciones radicales que —a pesar de logros ocasionales— se nos hace difícil encontrar una constante personal, es decir una constante artística.

A gran parte de la pintura actual le falta esa verdadera *seriedad*, ese diálogo del creador con la forma a través del cual se va definiendo, centrando, precisando tanto la materia como el hombre mismo.

El primer elogio que podemos hacer ante la visión panorámica de varios años de pintura de Fernando García Ponce es éste: aquí hay esa verdadera seriedad, aquí hay constancia. Y no esa constancia que proviene únicamente de la dedicación —hay muchos pintores trabajadores— sino la que se origina en la profundización de una forma personal, íntima, la que se origina en la autenticidad y la fidelidad. García Ponce es fiel a sí mismo, a lo que busca de sí mismo. Fernando García Ponce es, esencialmente, un pintor *auténtico*.

Bastaría esto para situarlo en una posición destacada entre los pintores mexicanos de hoy. Lo que acaba de destacarlo es la calidad con que recorre su singular camino. La exposición retrospectiva de sus obras nos produce en primera instancia una curiosa impresión: parece la exposición de un solo cuadro esencial repetido con formas y colores muy diversos en unas veintitantas ocasiones. Pero esta impresión no viene sola. De una sola ojeada semicircular nos damos cuenta inmediatamente de que no se trata en forma alguna de unas “variaciones sobre un mismo tema”. Aquí no se está jugando a la riqueza de posibilidades sino —y muy en serio— a la *consecuencia* formal. Un profundo orden lógico preside las sucesivas creaciones: como una partida de ajedrez que altera a cada jugada la disposición de las piezas, pero cuyo desarrollo tiene un implacable rigor interno. Si, hay algo de ajedrez en el orden cronológico de la exposición. Y adivinamos que, así como sobre el tablero cada movimiento responde a un movimiento del adversario, aquí cada variación, cada etapa, responde a lo que plantean la materia, la línea, el color y la textura de la obra anterior. Volvemos al diálogo: cada solución del pintor es a la vez un nuevo planteamiento, cada cuadro conduce al siguiente. Y sin desviarse, sin huir de lo *dado* García Ponce reinicia la labor.

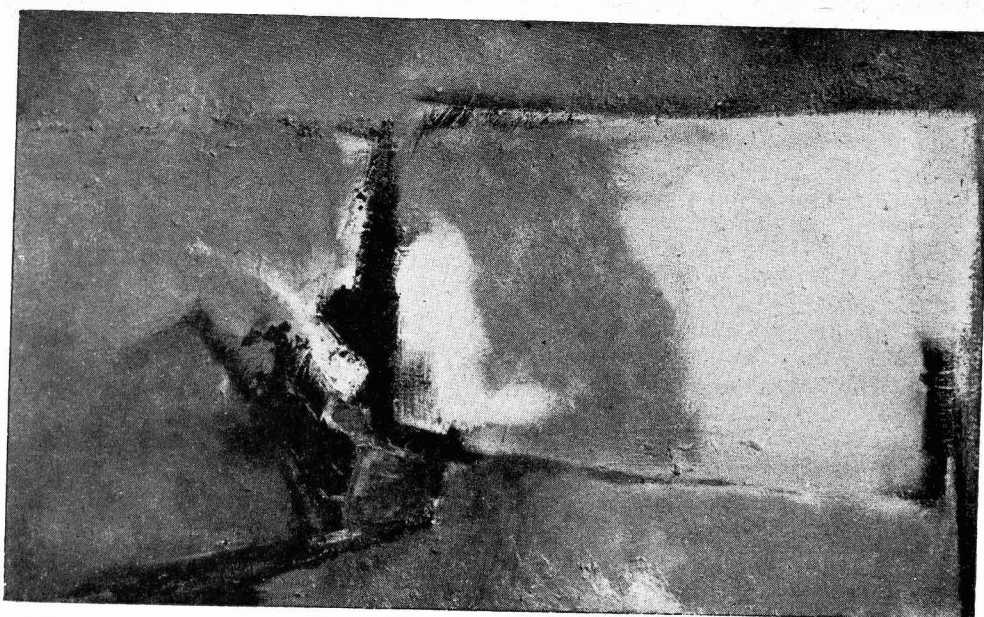
El antecedente más directo de esta in-

tención creadora —y uno de los cuadros le está dedicado en homenaje— es quizá Juan Gris. Hay algo del espíritu de Gris en toda la obra de García Ponce. Y también la misma sobriedad, el mismo *clasicismo*, la misma voluntaria restricción. No se trata aquí de resolver los problemas plásticos desde fuera, echando mano de recursos exteriores, tapando u oscureciendo la esencia de este desarrollo casi lineal de la obra. Se trata de resolverlos desde dentro, con los elementos que la obra anterior plantea, sin trampas, en un voluntario ascetismo formal.

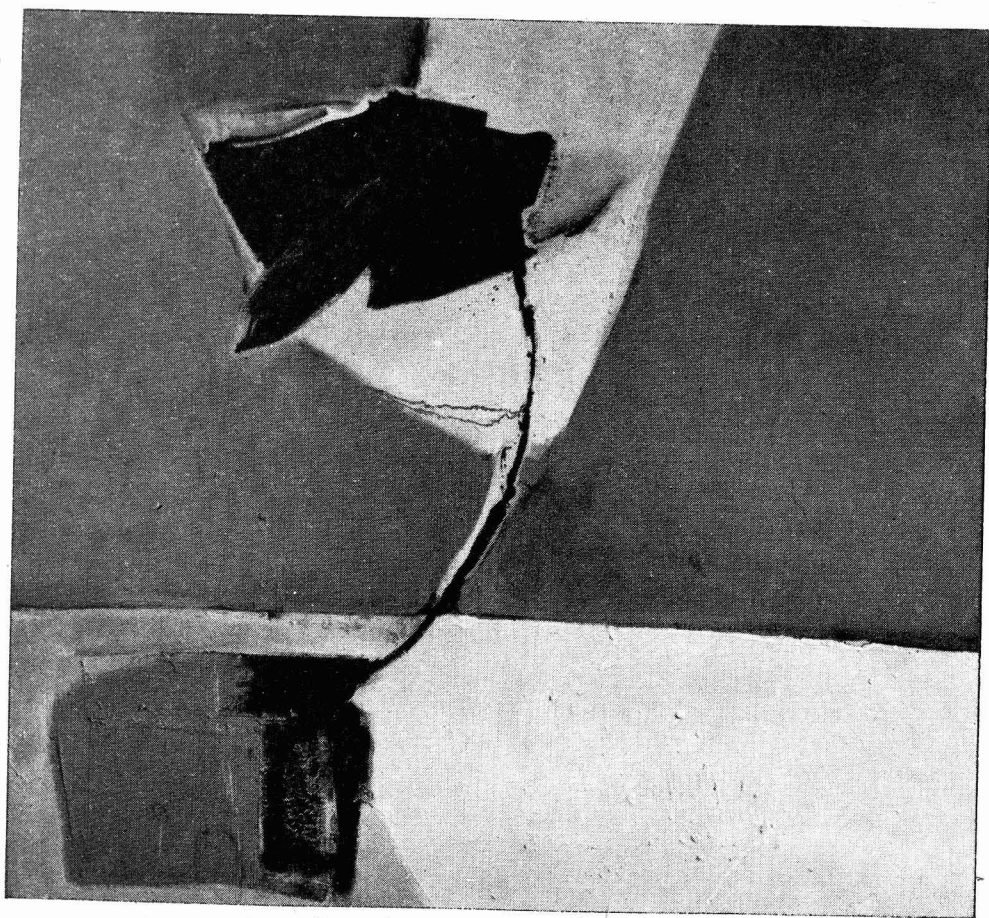
¡Pero qué riqueza encierra ese asce-

tismo! Con elementos mínimos, sin pirotecnias ni adornos, cada cuadro modifica al anterior, *asumiéndolo* y dándole una nueva dimensión: aquí una nueva estructura, allá la irrupción del color —justo, medido, concentrado en su máxima expresividad— más allá una liberación de la forma que —abierta— no rebasa nunca el equilibrio en que descansa la solución total del cuadro. Y en cada paso, en cada etapa, la misma esencial *seriedad*. A través de ella Fernando García Ponce, en una sola interior evolución sin ruptura, arranca desde un personal cubismo hasta alcanzar la forma más abstracta. De las subestructuras iniciales ya nada queda en sus últimos cuadros si no es lo esencial: su función de soporte, ya invisible, transmutado en equilibrio del libre movimiento de las masas.

Cuando una obra alcanza este grado de cohesión adquiere un valor moral. Y esto, en última instancia, es el sello más alto de esta obra hermosa y grave.



“un voluntario ascetismo formal”



“en cada etapa la misma esencial seriedad”